

# LOS PUEBLOS PREINDUSTRIALES Y SU SENTIDO EN UNA ANTROPOLOGÍA AUTOCRÍTICA

JOAN B. LLINARES

La vida cotidiana de una persona que resida en una ciudad occidental de nuestros días quizá tenga muy poco contacto con aquello que propiamente se denomina el *campo*. Será lo más probable porque eso es lo que nos sucede a la mayoría de los humanos del mundo industrializado. De hecho, ya estamos habituados a contraponer el campo y la ciudad como si fueran dos opciones antitéticas, dos modos de vida muy diferentes entre sí. En efecto, lo único aproximadamente campestre que le brindan las motorizadas calles a quien ha de vivir y trabajar en ellas lo constituye esa gratificante interrupción que vienen a ser los parques y jardines, las limitadas zonas verdes, que, en el mejor de los casos, conservan a duras penas un minúsculo bosque, unos cuantos árboles en torno a lo que queda de alguna antigua ermita o alquería. Dicho ciudadano puede que sólo conozca de la *agricultura* lo que ésta proporciona para la alimentación gracias a los productos ya empaquetados que adquiere en los supermercados. Por ello lo que es propiamente el campo, esto es, vivir del campo y en el campo como hace un labrador dedicado a las complejas labores de cultivarlo, acaso se reduzca para muchos 'urbanitas' a un mero escenario, al panorama fugaz que se percibe tras las ventanillas de un coche o del tren, o al cuadro de abstracta geometría que a veces se alcanza a contemplar desde un avión. Esas formas de vida, atentas al paso de las estaciones y repletas de múltiples aperos para la siembra, la labranza y la siega, necesitadas de talas, barbechos, roturaciones y regadíos antes de obtener la cosecha, son cada vez más desconocidas. Por lo demás, las labores agrícolas de las sociedades pre-industriales que viven junto a selvas y sabanas o en zonas quasidesérticas eran y siguen siendo de índole muy diversa de las que podemos observar en las comarcas vinícolas o naranjeras de nuestro país.

Seguramente la ignorancia será similar o todavía mayor con respecto a la *ganadería*, a la vida de los diferentes tipos de pastores, nómadas trashumantes o más sedentarios y especializados, que conviven con sus vecinos. Los animales vivos con los que se ha podido encontrar un ciudadano del mundo industrial probablemente sólo sean unos cuantos ejemplares de especies domésticas, pero es difícil que se sepa por experiencia



Fig. 1.- Retrato de J.J. Rousseau.  
En "Émile, ou de L'Éducation",  
Paris, 1857.

propia lo que es un rebaño de cabras y ovejas, unas cuantas vacas en un establo, un gallinero en el corral o un simple palomar, por no hablar de las colmenas de abejas o de los bancos de sardinas en el mar. Con suerte se habrán observado éstas y otras especies de animales más o menos sumisas o exóticas en alguna visita a granjas educativas, a un zoológico, o bien en espectáculos circenses. El resto depende de la omnipresente cultura de la imagen que puebla nuestras mentes, de todo ese caudal que nos atraviesa y que hemos obtenido de fotos, películas o documentales que intentan satisfacer nuestras ansias de información, de sorpresa y de curiosidad, y que puede quedar aparcado, por desgracia, en uno de tantos islotes de nuestro universo virtual, desprovisto de carne, de sangre y de vitalidad.

Y más vale que no indagemos sobre la *caza* y la *recolección* como formas de subsistencia de los humanos, estrategias fundamentales que posibilitaron la vida de nuestra especie durante muchos milenios, junto a peligrosos animales carniceros y carroñeros: casi no se alcanza

a imaginar otra cosa bajo estas palabras que una batida en un coto, con rifles y escopetas, persiguiendo los escondrijos de las liebres, de la perdiz o la codorniz, o el grato recuerdo de alguna mañana otoñal buscando setas en un bosque, o recogiendo espárragos o fresas silvestres en paseos por senderos de montaña.

Así suele ser, más o menos, el agudo contraste entre aquella primordial forma de subsistir y el mundo de experiencias que configura el día a día de nuestra existencia en las ciudades, los núcleos demográficos constitutivos del mundo industrializado. Tamaña ignorancia de cómo subsistimos todos los humanos hasta hace unos diez mil años y de cómo viven todavía determinadas tribus en algunos lugares de la tierra es una faceta característica que nos define a millones de personas en la actualidad. No obstante, este predominio de la vida ciudadana, reforzado por el enorme número de quienes la compartimos y la orgullosa sensación de normalidad y de progreso que solemos manifestar, impide que caigamos en la cuenta de la excepcionalidad que significa y de los riesgos que conlleva en la ya larga persistencia de nuestra especie: bastaría para tomar conciencia de ello que retrocediéramos en el tiempo, o que nos desplazáramos a otras zonas del planeta, e hiciéramos una simple comparación. Este doble movimiento en el espacio y en la historia, atendiendo a quienes muestran su humanidad de forma tan diferente, es muy necesario y aleccionador si queremos saber qué somos, de dónde venimos, y hacia dónde deberíamos ir. Y lo es por una razón muy sencilla.

Los seres humanos tenemos una naturaleza propia, claro está, de ahí la importancia del desciframiento del genoma humano, la validez de la medicina y la farmacia en sus conocimientos de aplicación universal, o las hermosas variedades físicas del mestizaje. Pero esa misma naturaleza que conforma nuestro substrato psicosomático compartido es radicalmente *cultural*: el contexto familiar en el que hemos sido engendrados y aquél en el que nos reproducimos puede variar muchísimo en extensión, ubicación, líneas de ascendencia, normas y componentes reconocidos, etcétera; nos vestimos, nos desnudamos, nos cortamos y peinamos el cabello y nos adornamos el cuerpo y la cara de mil maneras diferentes, como captaremos en seguida con la mera observación de fotografías de varias etnias; subsistimos con artes diversas que nos proporcionan la energía que necesitamos de medios y contextos con flora y fauna notablemente disímiles; hablamos lenguas que nos asombran por su mutua extrañeza, fabricamos utensilios distintos usando distintos materiales y los decoramos siguiendo tradiciones autónomas, cantamos y bailamos con melodías y ritmos muy diversos, interpretamos nuestros sueños y pensamos sobre la vida de ultratumba de maneras increíblemente sorprendentes, etcétera, etcétera. En este sentido, los humanos somos gestores de nosotros mismos, capaces de adaptarnos creativamente a entornos geográficos sumamente dispares, que van del calor de los trópicos al frío del Ártico, del desierto a las selvas, de la sabana a las montañas, mediante utensilios técnicos que han ido cambiando de materia, de forma y de estructura, de diseño, objetivos y aplicabilidades, en una gama inmensa que va desde el hacha de sílex hasta los robots de última generación. Como seres temporales e históricos, guardamos memoria selectiva de lo que hemos sido, olvidamos también fragmentos de lo que fuimos, y tenemos un futuro problemático que en parte moldeamos con nuestras opciones y decisiones. Nos preguntamos por nosotros mismos, narramos nuestro pasado y nos interpretamos a nosotros mismos en una indagación sin más pausa que la muerte. Así las cosas, conocer otras formas de vida, sobre todo si nos sorprenden y asombran, esto es, si nos llenan de interrogantes, es como una necesidad ineludible, es el fundamento de esa difícil sabiduría que nos permite captar nuestro rostro y entender qué es lo que nos define y caracteriza, pues para vernos y percibirnos necesitamos siempre un espejo: contemplarnos con un poco de rigor requiere la reflexión en el rostro de los otros, el chispazo desconcertante de las diferencias que, quizá, encenderá el fuego que ilumine nuestro propio pensar y aportará calor a nuestra solidaridad. Sin este trabajo de reconocimiento no somos sujetos responsables en el contexto multicultural en el que ya estamos.

Por eso el ejercicio de la *comparación intercultural* es una fuente de enseñanzas sobre nosotros mismos gracias a la viva presencia de los otros. He aquí, pues, por qué conviene que practiquemos un atento desplazamiento en el espacio y en el tiempo como el que nos brinda una exposición como la presente. Sin informaciones detalladas de la diversidad humana somos ingenuos y arrogantes desconocedores no sólo de los otros, sino también de nosotros mismos y del abundante material que hemos ido fabricando para subsistir y convivir, sin esas aportaciones perdemos el sentido de nuestra historia y de nuestro particular presente, que, en esta época de globalización por el transporte y las comunicaciones, es aún más plural e interactivo. Como ya dijo muy bien Rousseau (fig. 1):

“...la reflexión nace de las ideas comparadas y es la pluralidad de las ideas lo que lleva a compararlas. El que sólo ve un objeto no puede comparar nada. El que ve un pequeño número de objetos, y siempre los mismos desde su infancia, tampoco los compara porque la costumbre de verlos lo priva de la atención necesaria para examinarlos. Pero a medida que un objeto nuevo nos sorprende, queremos conocerlo e intentamos relacionarlo con aquellos que nos son conocidos. Es así como aprendemos a considerar lo que está bajo nuestros ojos; lo que nos es extraño nos incita al examen de lo que está próximo”.

Por tanto, y para comenzar, podemos describir y comparar aquellas formas de subsistencia que ya desde la Antigüedad greco-romana nuestra sociedad sabe que los humanos hemos inventado en nuestra creativa adaptación al entorno. La fina atención a tales contextos es una de las enseñanzas de la mejor literatura. Desde la excelencia poética de nuestra épica fundacional y gracias a la frescura de insuperadas imágenes verbales, la literatura puede colaborar con la mejor mirada etnoarqueológica, la que trabaja para profundizar sobre los retos técnicos, éticos y políticos de nuestro presente con sus rigurosas y veraces aportaciones plásticas y objetuales.

Hace ya mucho tiempo, casi tres mil años, en la Grecia arcaica, quienes ya poseían un modo de vida de notables logros culturales se asombraban de encontrar una isla despoblada y salvaje, en la que podían dedicarse a la *caza* y donde su imaginación en seguida se disparaba, pensando cómo aprovechar los recursos naturales para tener así una vida placentera, si acaso llegaran a ser algún día los futuros habitantes de esa zona inexplorada. Éste es el modo como Homero nos cuenta la llegada de Odiseo y sus compañeros a una isla cercana a la tierra de los cíclopes, a una especie de naturaleza virgen, el grado cero de la civilización, todavía desprovisto de cualquier forma de ganadería, de agricultura, de navegación o de comercio, pues los humanos todavía no han llegado a habitarla. Es el propio héroe quien lo narra con sus palabras autobiográficas ante quienes le han dado hospitalidad:

“...al lado del puerto, se extiende una isla llana, llena de bosques. En ella se crían innumerables cabras salvajes, pues no pasan por allí hombres que se lo impidan ni las persiguen los cazadores, los que sufren dificultades en el bosque persiguiendo las crestas de los montes. La isla tampoco está ocupada por ganados ni sembrados, sino que, no sembrada ni arada, carece de cultivadores todo el año y alimenta a las baladoras cabras. No disponen quienes habitan en las cercanías de naves de rojas proas, ni hay allí armadores que pudieran trabajar en construir bien entabladas naves; éstas tendrían como término cada una de las ciudades de mortales a las que suelen llegar los hombres atravesando con sus naves el mar, unos en busca de otros, y se habrían hecho una isla bien fundada. Pues no es mala y daría una cosecha en cada estación; tiene prados junto a las riberas del canoso mar, húmedos, blandos. Las viñas sobre todo producirían constantemente, y las tierras de pan llevar son llanas. Recogerían siempre las profundas mieses en su tiempo oportuno, ya que el subsuelo es fértil. También hay en ella un puerto fácil para atracar, donde no hay necesidad de cable ni de arrojar las anclas ni

de atar las amarras. Se puede permanecer allí, una vez arribados, hasta el día en que el ánimo de los marineros les impulse y soplen los vientos. En la parte alta del puerto corre un agua resplandeciente, una fuente que surge de la profundidad de una cueva, y en torno crecen los álamos. Hacia allí navegamos, llegamos a tierra, arrastramos las naves de buenos bancos, recogimos todas las velas y descendimos sobre la orilla del mar, y esperamos la aurora durmiendo sobre la arena. Cuando llegó la mañana, deambulamos llenos de admiración por la isla. Las cabras montaraces se agitaron, así que en seguida sacamos de las naves los curvados arcos y las flechas de largas puntas, y ordenados en tres grupos comenzamos a disparar, pronto tuvimos abundante caza. Así estuvimos todo el día hasta el sumergirse del sol, comiendo innumerables trozos de carne...”



Fig. 2.- Crátera ática con escena de cacería de jabalíes. “Caza de Calidón”. Museo Arqueológico de Florencia.

Los miembros de esa sociedad guerrera ejercitan su valor y se preparan para los combates practicando sistemáticamente la caza, como será habitual entre señores y aristócratas: tan pronto como se mostró la aurora,

“...salieron de cacería los perros y los mismos hijos de Autólico, y entre ellos iba el divino Odiseo, [el nieto de aquél y el sobrino de éstos]. Ascendieron al elevado monte Parnaso, vestido de selva, y en seguida llegaron a los ventosos valles. El sol caía sobre los campos cultivados recién salido de las plácidas y profundas corrientes del océano, cuando llegaron los cazadores a un valle. Delante de ellos iban los perros buscando las huellas y detrás los hijos de Autólico, y entre ellos marchaba Odiseo blandiendo, cerca de los perros, su lanza de larga sombra. Un enorme jabalí estaba tumbado en una densa espesura a la que no atravesaba el húmedo soplo de los vientos al agitarse ni golpeaba con sus rayos el resplandeciente sol ni penetraba la lluvia por completo -¡tan densa era!-, y una gran alfombra de hojas la cubría. Llegó al jabalí el ruido de los pies de hombres y perros cuando marchaba cazando y desde la espesura, erizada la crin y brillando fuego sus ojos, se detuvo frente a ellos. Odiseo fue el primero en acometerlo, levantando la lanza de larga sombra con su robusta mano deseando herirlo. El jabalí le atacó sobre la rodilla y, lanzándose oblicuamente, desgarró con el colmillo

mucha carne, pero no llegó al hueso del mortal. En cambio Odiseo le hirió alcanzándole en la paletilla derecha y la punta de la resplandeciente lanza lo atravesó de parte a parte y cayó en el polvo dando chillidos, y escapó volando su espíritu. En seguida le rodearon los hijos de Autólico, vendaron sabiamente la herida del irreprochable Odiseo semejante a un dios y con un conjuro retuvieron la negra sangre” (fig. 2).

El poema también describe con admirable precisión la forma de vida de un individuo, miembro de una sociedad ganadera. De nuevo, es el héroe Odiseo quien relata su experiencia, con valiosos detalles sobre los objetos, las prácticas corporales y los tipos de animales que entonces se encontró, en el largo camino de retorno a su añorada tierra materna: “Desde esa isla salvaje, echamos un vistazo a la tierra de los cíclopes que estaban cerca y vimos el humo de sus fogatas y escuchamos el vagido de sus ovejas y cabras...”, dice el héroe griego, para explicar la curiosidad que siente por saber quiénes son esos hombres desconocidos, si son soberbios, salvajes y carentes de justicia o amigos de los forasteros y con sentimientos de piedad para con los dioses. Para despejar la incógnita y hallar la respuesta, embarca con sus compañeros, que reman en dirección a esa tierra extranjera:

“Y cuando llegamos a un lugar cercano, vimos una cueva cerca del mar, elevada, techada de laurel. Allí pasaba la noche abundante ganado –ovejas y cabras–, y alrededor había una alta cerca construida con piedras hundidas en tierra y con enormes pinos y encinas de elevada copa. Allí habitaba un hombre monstruoso que apacentaba sus rebaños, solo, apartado, y no frecuentaba a los demás, sino que vivía alejado y tenía pensamientos impíos. Era un monstruo digno de admiración: no se parecía a un hombre, a uno que come trigo, sino a una cima cubierta de bosque de las elevadas montañas que aparece sola, destacada de las otras”.

Una vez llegados a tierra, esconden sus naves y con un grupo de compañeros Odiseo se pone en camino:

“Llegamos en seguida a su cueva y no lo encontramos dentro, sino que guardaba sus gordos rebaños en el pasto. Conque entramos en la cueva y echamos un vistazo a cada cosa: los canastos se inclinaban bajo el peso de los quesos, y los establos estaban llenos de corderos y cabritillas. Todos estaban cerrados por separado: a un lado los padres, a otro los medianos y a otro los recentales. Y todos los recipientes rebosaban de suero –colodras y jarros bien contruidos, con los que ordeñaba.” Se sentaron y aguardaron dentro de la cueva “...hasta que llegó conduciendo el rebaño. Traía el cíclope una pesada carga de leña seca para aderezar su comida y la tiró dentro con gran ruido... a continuación introdujo sus gordos rebaños, todos cuantos solía ordeñar, y a los machos –a los carneros y cabrones– los dejó la puerta, fuera del profundo establo. Después levantó una gran roca y la puso sobre la puerta... Sentóse luego a ordeñar a las ovejas y a las bala-

doras cabras, cada una en su momento, y debajo de cada una colocó un recen- tal. En seguida puso a cuajar la mitad de la blanca leche en cestas bien entretreji- das y la otra mitad la colocó en cubos, para beber cuando comiera y le sirviera de adición al banquete” (fig. 3).

La Grecia arcaica conoce y practica otras formas de ganadería; por ejemplo, cuando Odiseo regresa finalmente a su tierra, a Ítaca, la diosa Atenea le aconseja que visite en primer lugar a Eumeo, su fiel porquero, al que encontrará junto a los cerdos:

“...éstos están paciendo junto a la Roca del Cuervo, cerca de la fuente Aretusa, comiendo innumerables bellotas y bebiendo agua negra, cosas que crían en los cerdos abundante grasa.

”Entonces él se puso en camino desde el puerto a través de un sendero escarpado en lugar boscoso, por las cumbres, hacia donde Atenea le había manifestado que encontraría al divino porquero, el que cuidaba de su hacienda más que los demás siervos... y lo encontró sentado en el pórtico, donde tenía edificada una elevada cuadra, hermosa y grande, aislada, en lugar abierto. El porquero mismo la había edificado para los cerdos de su soberano ausente... Había arrastrado las piedras y lo había cercado de espino; tendió fuera una empalizada completa, espesa y cerrada, sacando estacas de lo negro de la encina. Dentro de la cuadra había construido doce pocilgas, unas junto a otras, para encamar a las cerdas, y en cada una se encerraban cincuenta cerdas, todas hembras que ya habían parido. Los cerdos dormían fuera y eran muy inferiores en número, pues los habían diezma- do los pretendientes con sus banquetes... También dormían a su lado cuatro perros, semejantes a fieras, que alimentaba el porquero, caudillo de hombres. Este andaba entonces sujetando a sus pies unas sandalias después de cortar una moteada piel de buey. Los demás porqueros, tres en total, habían marchado cada uno por su lado con los cerdos en manada”.

Eumeo recibe al forastero, lo lleva a su cabaña, extiende maleza espesa sobre la que pone una piel de cabra salvaje, y le ofrece ese lecho, su propia yacija, para que des- canse, luego va a las pocilgas, toma dos cochinitillos, los sacrifica y trocea, y los pone al fuego con asadores, extiende harina y los ofrece directamente a las manos de su hués- ped con un cuenco en el que ha mezclado vino para que beba...

Como es evidente, en esa sociedad hay ganadería de diversos tipos, se han domesticado ya los bueyes y los caballos, que facilitan las labores de labranza y tiran de los carros en las carreras, pero dispone también sobre todo de la *agricultura*, por eso sus miembros se alimentan no sólo de carne, sino sobre todo de pan de harina de



Fig. 3.- Crátera ática de columnas. Odiseo huyendo de la cueva de Polifemo. “Pintor de Safo”. Badisches Landesmuseum, Karlsruhe.

trigo y de vino extraído de los racimos de las vides, de olivas y aceite, y de diversas frutas. Ciertamente, sobre la agricultura la *Odisea* brinda varios ejemplos, como el de Laertes, el padre del héroe, que tiene en Ítaca un hermoso y bien cultivado campo, con una mansión rodeada de un cobertizo, en el que comen, descansan y duermen los esclavos que le ayudan en las labores, por ejemplo, a cercar de espinos la viña. El

anciano “vestía un manto descolorido, zurcido, vergonzoso y alrededor de sus piernas tenía atadas unas mal cosidas grebas para evitar los arañazos; en sus manos tenía unos guantes por causa de las zarzas y sobre su cabeza una gorra de piel de cabra”. Su hijo le saluda con estas palabras: “Anciano, no eres inexperto en cultivar el huerto, que tiene un buen cultivo y nada en tu jardín está descuidado ni la planta ni la higuera ni la vid ni el olivo ni el peral ni la legumbre.”

También es memorable la descripción del mítico huerto que tiene el señor de los feacios, el magnánimo Alcínoo, junto a su famosa morada, un elevado palacio señorial:

“...fuera del patio, cerca de las puertas, hay un gran huerto de cuatro yugadas y alrededor se extiende un cerco a ambos lados. Allí han nacido y florecen frondosos árboles: perales y granados, manzanos de espléndidos frutos, dulces higueras y verdes olivos; de ellos no se pierde el fruto ni falta nunca en invierno ni en verano: son perennes... Allí tiene plantada una viña muy fructífera, en la que unas uvas se secan al sol en lugar abrigado, otras se vendimian y otras se pisan: delante están la vides que dejan salir la flor y otras hay también que apenas negrean. Allí también, en el fondo del huerto, crecen liños de verduras de todas clases siempre lozanas. También hay allí dos fuentes, la una que corre por todo el huerto, la otra que va de una parte a otra bajo el umbral del patio hasta la elevada morada a donde van por agua los ciudadanos.”



Fig. 4.- Habitantes de las islas Viti en “Les Origines de la Civilisation” de J. Lubbock, 1881.

No deja de resonar en esta mítica descripción el eco de uno de los sueños más frecuentes de los pueblos de agricultores: que las cosechas persistieran a lo largo del año, sin la drástica alternancia de hambrunas y abundancias opíparas, de la escasez y el exceso. De ahí la necesidad de previsión, la importancia vital de disponer de métodos e instrumentos para la conservación de los alimentos, la conveniencia de intercambiar con otros grupos aquello de lo que se carece y que ellos pueden proporcionar, la génesis de interesantes simbiosis entre agricultores sedentarios y pastores que regularmente los visitan...

Estas tres formas fundamentales de subsistencia, la caza-recolección, el pastoreo y la agricultura, ya en la Antigüedad fueron consideradas como los estadios por los que pasa la humanidad en su desarrollo, es decir, como los primeros peldaños en la escalera de la civilización, a lo largo de un proceso temporal lento y complejo (fig. 4). Los frag-



mentos de Dicearco, los versos de Lucrecio o la prosa sobre las propiedades rústicas de Marco Terencio Varrón lo testimonian. En el siglo XVIII se volvió a utilizar esta manera de interpretar la primitiva historia de la humanidad de una manera cada vez más rigurosa y sistemática, como documentan los escritos de Adam Smith o estos textos de Rousseau:

“Los primeros hombres fueron cazadores o pastores y no labradores. Los primeros bienes fueron rebaños y no campos. Antes de que la propiedad de la tierra fuese repartida, nadie pensaba en cultivarla. La agricultura es un arte que exige instrumentos, sembrar para cosechar es una precaución que exige previsión”.

Desde un primitivo estado de embrutecimiento, cercano a la animalidad, los humanos tuvieron que agenciárselas para vivir:

“Los más activos, los más robustos, los que iban siempre adelante, sólo podían vivir de frutos y de la caza. Se hicieron así cazadores violentos, sanguinarios. Luego, con el tiempo, fueron guerreros, conquistadores, usurpadores... La guerra y las conquistas no son otra cosa que cacerías de los hombres... La mayoría, menos activa y más pacífica, se asentó apenas pudo hacerlo, reunió ganado, lo domesticó, lo volvió dócil a la voz humana. Para alimentarse aprendió a cuidarlo, a facilitar su reproducción, y de este modo comenzó la vida pastoril.

La industria humana crece simultáneamente con las necesidades que la originan. De las tres maneras de vivir posibles para el hombre, es decir, la caza, el cuidado del ganado y la agricultura, la primera ejercita el cuerpo para la fuerza, para la destreza, la competición; el alma para el coraje, para la astucia; endurece al hombre y lo vuelve feroz. El país de los cazadores no es durante mucho tiempo el de la caza. Es preciso perseguir muy lejos a la presa; así surge la equitación. Es preciso alcanzar a la presa que huye; de allí las armas ligeras, la honda, la flecha, la jabalina. El arte pastoril, padre del reposo y las pasiones ociosas, es el que más se basta a sí mismo. Proporciona al hombre, sin mayores esfuerzos, la subsistencia y el abrigo así como también su morada. Las tiendas de los primeros pastores estaban hechas con piel de animales... La agricultura, más lenta en nacer, está relacionada con todas las artes; introduce la propiedad, el gobierno, las leyes, y progresivamente la miseria y los crímenes, inseparables para nuestra especie de la ciencia del bien y del mal... Los tres estados del hombre considerado en relación con la sociedad están referidos a la división precedente. El salvaje es cazador, el bárbaro es pastor, el hombre civilizado es labrador.”

Así dice Rousseau, reconstruyendo con su imaginación el despliegue de esas formas de vida. Pero, a diferencia de Homero, en su rememoración del pasado ya no interviene héroes, gigantes y dioses, sino que son humanos como nosotros mismos quienes cazaban, pastoreaban o, dadas una serie de circunstancias diversas, se pusieron a vallar el campo y a cultivar la tierra.

Este esquema básico y general, descriptivo y clasificatorio, permitía una primera comparación entre los pueblos. Al aplicarlo a todas las sociedades conocidas de la tierra, incluso aquellas consideradas más salvajes, como las de los indios de América, dejaban de ser 'como animales que hablan' y pasaban a formar parte de la historia de la humanidad, ellos eran en el presente un testimonio vivo de cómo habíamos sido los europeos en épocas remotas, en los orígenes de la historia, en edades con técnicas e instrumentos de piedra y madera, como los arcos y las flechas, practicando una forma de vida nómada y cazadora, etcétera. La especie entera, por tanto, seguía una misma senda de progreso y de desarrollo, atravesando dichas etapas fundamentales, el salvajismo, la barbarie y la civilización, como también expuso con detalladas argumentaciones el ilustrado escocés Adam Ferguson en el siglo XVIII. Este enfoque comparativo se consagró con el triunfo del *evolucionismo* clásico entre los antropólogos fundacionales del siglo XIX, los primeros que instituyeron la docencia de esta disciplina en las universidades británicas, francesas y americanas. Para reconstruir el pasado carente de documentación escrita y de limitados registros fósiles de nuestra existencia primitiva, la de nuestros antepasados en los albores de la historia, se usaron comparaciones sistemáticas con pueblos coetáneos que tuvieran similares recursos técnicos y formas de subsistencia semejantes, por eso a éstos se les denominó 'primitivos', 'salvajes', y también 'pueblos naturales', como si ellos, los 'otros' por antonomasia, nuestros antípodas en tantos sentidos, habitantes de zonas distantes y remotas, acabaran de salir del regazo de la madre naturaleza y carecieran de pasado, y como si sólo merecieran la atribución de cultura propiamente tal los pueblos con escritura y con civilización, como los nuestros. En efecto, el presente de los occidentales, con industria y comercio, ciencias y técnicas, estaba considerado como el momento más evolucionado y más perfecto de la humanidad, era la meta a la que tendían todas las sociedades de la tierra, en una especie de positivista ley de estadios de obligado cumplimiento. Las otras formas de vida eran pensadas desde las nuestras y se las entendía como más simples y sencillas, como predecesoras o antecesoras de las nuestras, perdían así su autonomía y su valor propios y quedaban como anexionadas a nuestra historia. La manera occidental de desarrollo era considerada el patrón, el modelo, el camino ejemplar que servía para medir toda alteridad. Cualquier diferencia constatada en los otros pueblos era calificada entonces como inferioridad, atraso, desviación, infantilismo, incapacidad, e incluso como degradación y hasta como un absurdo incomprensible, como una aberración que convenía subsanar cuanto antes. Los aciertos y la extraordinaria belleza de las otras opciones culturales apenas se percibía bajo esta mirada, se insistía en cambio, en interesados contrastes etnocéntricos, en las diferencias existentes, y a éstas se las interpretaba con carga negativa como deficiencias, carencias y estupideces, propias de una base racial cualitativamente peor dotada, que obstaculiza e impide el óptimo desarrollo de la genuina civilización. No es necesario subrayar que este enfoque sobre los otros grupos humanos, cargado del denominado darwinismo social, cumplía funciones de legitimidad en un momento de fuerte expansión colonial y consolidación de los imperialismos europeos sobre los otros continentes, sobre Asia, África y Oceanía en especial. Una era la cultura vencedora y poderosa, la del Occidente cristiano, la única merecedora de tal nombre, la cual, para

justificar su agresiva presencia en todas las partes del mundo, decía que quería ayudar al desarrollo, y, junto a ella, pero en posición sometida e inferior, estaban las otras culturas, las cuales, tras ese violento choque cultural que las dominaba, eran las perdedoras, las vencidas y desprestigiadas. Los modos de saber que se practicaron no eran ajenos a los ejercicios de poder de tal contexto imperialista.

Este enfoque de la arqueología prehistórica decimonónica, el evolucionismo clásico que se puede detectar con claridad en obras fundacionales como *Tiempos prehistóricos* (1865) y *Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre* (1870) de John Lubbock (fig. 5) ha ido cambiando desde entonces, gracias a sucesivas estrategias de investigación, muy diferentes, como el difusionismo, el particularismo histórico, el funcionalismo, el estructuralismo y la denominada antropología simbólica y hermenéutica, como también ha variado el contexto de aplicación, esto es, la situación real en las

relaciones de poder desde el reconocimiento de la independencia de muchos países que han luchado por sus libertades, y los nuevos problemas de un mundo postcolonial, globalizado y multicultural. Estudiar la vida de grupos humanos minoritarios y frágiles compromete a quienes los conocen. La ciencia que se elabore sobre sus formas de vida ha de tener una vertiente crítica con respecto a la situación internacional presente, que es la responsable en gran medida de las dificultades que tienen y del poco espacio del que disponen para desarrollar sus propias posibilidades. De lo contrario, esa ciencia deja de ser verdaderamente humana y se reduce a mera técnica aplicada, convirtiéndose así en otro instrumento de control al servicio de los intereses de los más poderosos y perdiendo su capacidad emancipatoria. Los otros pueblos, ciertamente, no sólo son imágenes vivas de nuestro pasado, son sobre todo nuestros contemporáneos, plenamente dignos de atención y de estudio por sí mismos en el presente, en cuanto ejemplos de la humanidad, de nuestra plural humanidad repleta afortunadamente de diferencias aquí y ahora. Convivir con ellos nos obliga a conocer su cultura, a participar en sus formas de vida, a aprender de ellos relativizando nuestros hábitos y costumbres, sin pretender su asimilación o anexión. Una cultura diferente a la nuestra no es, por el hecho de mostrar tal diferencia, ni inferior, ni aberrante, sino que también tiene su coherencia, su complejidad, sus sistemas de conocimiento y de clasificación de la realidad, sus esquemas de valores, sus criterios estéticos, jurídicos y religiosos, etcétera. Al compararla con la nuestra hemos de esforzarnos para



Fig. 5.- Cazadores-recolectores bosquimanos en "Las Razas Humanas" de F. Ratzel, 1888.

llegar a formular posibles principios generales que den razón de las semejanzas y de las diferencias que observamos y que nos permitan comprendernos a todos, a nosotros y a ellos, en cuanto humanos en una tierra compartida. En efecto, todos hemos de hacer frente a problemas similares, ecológicos, psicológicos, sociales y transculturales, es decir, internacionales, globales, planetarios en suma. Y en esa tarea ineludible hemos de ser autocríticos, pues quienes hemos ejercido una despiadada dominación económica, ideológica y política sobre los otros pueblos hemos sido los occidentales, en especial en la Modernidad. Sólo así es pensable un humanismo que, a diferencia del que se dio en el Renacimiento, no se reduzca ni a unos modelos clásicos de referencia exclusiva como los greco-romanos de la Antigüedad, ni, por tanto, a unos pocos saberes artístico-literarios, ni a unas clases sociales privilegiadas, ni a un área geográfica restringida, mediterránea, europea o del hemisferio norte, sino que merezca ser denominado un humanismo interactivo, emancipatorio, integral y global. Los otros son entonces, como plenamente humanos con los que convivimos, nuestro presente, porque son también y sobre todo coautores de nuestro futuro, ya que en ellos perduran valores a reivindicar que se han perdido entre nosotros. Ellos nos enseñan a descubrir la complejidad de la vida humana, los valores que señalan las carencias y vacíos que nos delatan, las deficiencias que acarrea nuestra forma de vida tan avasalladora: una subsistencia urbana motorizada y veloz, como decíamos al comienzo, solitaria entre masas de individuos, sin fuertes lazos afectivos interpersonales, gravemente escindida entre lo privado y lo público, ignorante de los ritmos de la naturaleza, las variedades vegetales, la convivencia con los animales, el cuidado en el consumo, la tolerancia con quienes prefieren remar a su aire... reacia, en suma, a aprender de los otros, que podrían aparecer entonces como buenos etnoarqueólogos de nuestro presente y cualificados esbozos de nuestro posible futuro.

### Bibliografía

- HOMERO (1976): *Odisea*. Ed. de José Luis Calvo. Ed. Nacional, Madrid.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1979): *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*. Trad. De J. Almela, Siglo XXI, México. Cf. en especial "Jean-Jacques Rousseau, fundador de las ciencias del hombre" y "Los tres humanismos".
- LLINARES, J. B. (1995): *Introducció històrica a l'Antropologia. I. Textos antropològics dels clàssics greco-romans*. Servei de Publicacions de la Universitat de València, València. Cf. en especial el cap. 4 "Orígens i evolució de la vida humana i la cultura" i el cap. 8 "La construcció d'una primera diferència antropològica: els civilitzats i els salvatges".
- LLINARES, J. B. (1982): *Materiales para la historia de la Antropología*. 3 vols. Valencia, Nau Llibres, 1982, 1983 y 1984 (reediciones en 1993 y 1996). Cf. en especial los capítulos "Lucrecio" en el vol. I, "Locke", "Rousseau" y "Ferguson" en el vol. II y "Darwin", "Lubbock", "Morgan" y "Tylor" en el vol. III.
- MEEK, R. (1981): *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*. Trad. de E. Pérez Sedeño, Madrid.
- SAN MARTÍN, J. (1985): *La antropología, ciencia humana, ciencia crítica*. Montesinos, Barcelona.
- VALDÉS, R. (1977): *Las Artes de subsistencia. Una aproximación tecnológica y ecológica al estudio de la sociedad primitiva*. Adara, La Coruña.